

LA ACTUAL SITUACION DEL MUNDO

La historia contemporánea de la Iglesia muestra en grado muy alto desenvueltos y recrudecidos los antagonismos que desde sus principios hasta acá tienen dividido al mundo en campos enemigos. Disolviéndose cual sueño falaz la esperanza que muchos abrigaban de que en los acontecimientos del 1815 la revolución que durante tres decenios había sido azote feroz ó pesadilla opresora de Europa, hubiera llegado á su término natural y satisfactorio, debióse reconocer muy pronto que la restauración que en aquel año se había intentado, no podía contentar á nadie, limitada como quedó al terreno político, y no removiéndolo tampoco en éste sino la superficie sin penetrar hasta las raíces del mal. Los gobernantes, que tan recelosos perseguían todo indicio y escrito subversivo, fomentaban el lujo que engendra todos los vicios, la inmoralidad que mina los cimientos de la familia, y la literatura irreligiosa que no deja intacto ningún principio conservador; trataban de explotar para sus fines egoístas á la Iglesia, no ménos avasallada que en el siglo XVIII, haciéndola tanto más odiosa á los pueblos siempre desafectos á todo lo que les parece absolutismo, cuanto que contenían duramente al mismo tiempo su propio desarrollo, y dejaban subsistir y aun propagarse tranquilamente á las sociedades secretas, en cuyas guaridas las pasiones revolucionarias tenían siempre asilo seguro, cegándose algunos que tenían cetro y corona que defender, hasta el punto de aceptar el oficio de peones de la revolución. En los ánimos siguió reinando el racionalismo que, vistiendo la forma y tomando el nombre de *liberalismo*, mantuvo el principio disolvente de la independencia absoluta de la razon individual de toda autoridad divina y humana; escribió en su bandera las libertades deletéreas del pensamiento y de la conciencia y la ilusoria soberanía de las naciones, y glorificó los principios del 1789 como conquistas grandiosas de la humanidad, como si los horrores del 1793 no hubieran sido como corolarios y consecuencias de los principios proclamados en el año natal de la época moderna. El liberalismo, enseñoreado de la prensa, de las asociaciones, de la ciencia y de la política, informó cual agria levadura la masa de los pueblos en todas sus relaciones y movimientos. Pero su papel principal fué hacer al catolicismo guerra sin cuartel en

todas las formas, ora sorda y oculta, ora franca y estrepitosa, en donde quiera que los partidarios del liberalismo conquistaron el poder.

Del seno del liberalismo surgió el *comunismo*, cuyas obras, facilitadas por la ceguedad y el egoísmo de los que poseían y gobernaban, y por el nuevo paganismo inoculado al Estado, á los municipios y á la escuela, no tardaron mucho tiempo en infundir espanto á aquellos mismos que debían confesarse sus padres intelectuales. La *jurisprudencia* se había colocado, al abandonar el derecho divino y natural, en el terreno del derecho humano positivo que puede cambiar cada año ó cada mes, y no reconocía ya ninguna idea de más alto origen que sirviera de firme sosten á sus decisiones. El *filosofar especulativo* llevaba el sello racionalista, ó más á menudo aun panteísta, que en Alemania le imprimieron los Kant, Schelling, Fichte y Hegel, y en Francia los Cousin, Villemain, Michelet, Nizard y Edgar Quinet. Cuando los espiritistas, hartos y hastiados de los sistemas filosóficos, fueron á buscar alimento más sustancioso en las *ciencias empíricas*, se apoderó de ellas el materialismo que los alemanes Carlos Vogt, S. Moleschott, L. Buechner y Haeckel difundieron en capas muy extensas del pueblo. Bien que no faltaran hombres profundos que, aun reconociendo como último fin del trabajo especulativo de la humanidad la compenetración mútua de las ideas meramente filosóficas con las halladas en el fondo de las retortas del químico y desprendidas del raciocinio de la física pura, comprendían que los procedimientos del sabio naturalista encuentran un límite infranqueable, y que la hipótesis anatómica dejará siempre sin resolver cuestiones trascendentales, la licencia sin freno del pensamiento y la más procaz arbitrariedad del juicio individual prevalecieron bien pronto en las ciencias físicas, y cerráronse la mayor parte de los naturalistas, con ánimo hostil, á toda reminiscencia sobrenatural y á toda contemplación metafísica, viviendo en y con la materia, que sometida al objetivo del microscopio, era imposible que reflejara los resplandores del cielo. Así el *arte*, cuyas creaciones debían revelar el pensamiento de la época, se puso al servicio de la sensualidad desnuda, y se complació en rebajar al fango todo lo santo y sublime. Al obrero se le robó la fe, y se le implantó la irreligión y el afán del placer. La prensa, la revista recreativa, la novela, el teatro, las conferencias científicas populares y los discursos pronunciados en los casinos y reuniones políticas sirvieron todos para arrancar las creencias cristianas del corazón del pueblo y para reforzar los ejércitos de la revolución, que ántes fomentada que reprimida por los gobiernos, preparaba con avidez impaciente la hora de su triunfo final.

Estos mismos habían atentado á los bienes de la Iglesia y en muchos casos usurpado la propiedad ajena. A la par que así se practicaba el de-

recho de la fuerza efectiva, la teoría hegeliana del *Estado* que tan á tiempo llegó para justificar esos procedimientos de política positivista, halló por esta razón misma la aceptación más gustosa, y no sólo en Prusia, donde hasta bastante tiempo despues de la muerte de su autor no pudo ser realizada en toda su extensión. Ahora, como donde el Estado pretendía serlo todo, podía pedirse también todo, así el trabajo como los gocees que su producto proporciona, era consiguiente, que cuando el orden momentáneo del Estado no prestaba lo que las masas le demandaban, surgiese naturalmente la aspiración á modificarlo, sin que siempre se apelase al derecho á la revolución establecido entre los dogmas del 1789. Sentada, pues, como principio la *omnipotencia del Estado*, que excluye á toda autoridad superior ó siquiera coordinada é igual, debió parecer á los gobernantes tarea urgentísima la de destruir y aniquilar á la Iglesia y á cualquier sociedad religiosa que no podía supeditarse incondicionalmente á este Dios-Estado, ni debía dejar que el Estado abusara de ella haciéndola servir de brazo de la policía ó de instrumento de la política transitoria de los partidos. Mas donde la sociedad civil lastima y debilita á la Iglesia con su poderío absolutamente soberano, trabaja sólo en servicio de la democracia socialista que en las instituciones religiosas reconoce el mayor impedimento para su propaganda, y por tanto ve con fruición comoverse sus baluartes seculares á los golpes de la piqueta revolucionaria en manos del Estado. Pero como la Iglesia á su vez deriva todo su poder de Cristo, en él lo apoya, y en todas las esferas de su acción se refiere á Dios creador y al orden racional por él constituido, fué preciso también combatir, denostar y deterrar de la vida pública al Redentor de los hombres y á Dios mismo de igual modo que á la Iglesia visible que le representa. En este camino se han hecho progresos inmensos desde Voltaire á Proudhon; las ideas del ateísmo, materialismo y comunismo han impregnado los pueblos, y al lado de los decantados adelantos del siglo XIX hay ejemplos de rudeza bestial y de malicia satánica, tales como no se encuentran en los tiempos más oscuros de la Edad Media.

El 5 de Octubre de 1830, Niebuhr escribió ya estas palabras tristemente proféticas: « Si Dios no viene milagrosamente en nuestro auxilio, nos amenaza una destrucción parecida á la que experimentó el mundo romano á mediados del siglo III, que será la ruina de la prosperidad, libertad, cultura y ciencia ». Durante los cincuenta años que desde aquél han transcurrido, el aspecto de la situación se ha vuelto aun más amenazador por donde quiera que se tienda la mirada en busca de consuelo. La revolución es ya un mal crónico de la sociedad americana y europea; las terribles instituciones militares ahogan la libertad

y oprimen el bienestar; la inextinguible sed de diversiones y la podumbre moral que surge de ellas, envilecen la cultura y adulteran la ciencia. Tres decenios atrás existía todavía un baluarte débil de la justicia y del orden; pero él también cayó derribado por las Potencias mismas que hubieran debido defenderle. « Todo el edificio político de la Europa central, escribió la *Augsburger Allgemeine Zeitung* en 5 de Mayo de 1867 (núm. 125), descansaba sobre el principio de la legitimidad y del reconocimiento incondicional del derecho histórico y de los tratados..... Dirigiendo el manifiesto á los tcecos é incorporando á los prisioneros de guerra austriacos á los tercios destinados á combatir á Austria, Prusia se desentendió de partes esenciales del antiguo derecho de gentes ». Napoleón III y los otros gobernantes modernos han atropellado ó tranquilamente dejado atropellar el principio de legitimidad y el derecho público internacional, oponiéndole y practicando sin obstáculo el *derecho moderno*, ó sea el de los hechos consumados. Sacrificadas en aras de esta nueva justicia la legitimidad de los tronos y la santidad de los tratados, los pactos y estipulaciones de paz quedaron reducidos á papel sin valor, la antigua pentarquía se disolvió, la Santa Alianza acabó por ser burla de los niños, el parlamentarismo se arruinó á sí mismo, y la burocracia se empedernió y se embruteció hasta no ser más que una máquina en manos de los que en posesión del poder explotaban sólo la coyuntura del momento. Todas las nociones de derecho están embrolladas, la revolución mina y zapa aquí bajo el cimiento de la sociedad, y allá se filtra desde sus cimas por todas sus capas hasta su fondo. La corrupción en los círculos de la aristocracia del oro suministra sin cesar pábulo abundante á los odios aun comprimidos de los pobres á los ricos. Las logias con sus utopías liberales y comunistas han hecho estragos horribles en Francia, Italia, España, Portugal, América, y Rusia y Alemania están cartonizadas por ellas. El orgullo vertiginoso de las naciones, grandes y pequeñas, ha desencadenado sublevaciones y guerras en Turquía, encendido rencores y discordias sin fin entre los pueblos ántes hermanados de Austria-Hungría, y conducido á la opresión total de todo un pueblo desventurado en la mayor parte de la antigua Polonia. La ocupación de Roma llevada á cabo por los piemonteses con escarnio del derecho internacional, la violencia que la mayoría protestante ejerce sobre los católicos alemanes, en cuyo perjuicio expresamente alteró y trastocó la Constitución en el reino prusiano, la ruptura de las solemnes promesas que los reyes de Prusia hicieran á las comarcas católicas de sus provincias; en suma, el menosprecio insolente de todo derecho histórico que algun tiempo había parecido incontrovertible, ha puesto á la sociedad humana al borde de un horroroso abismo

moral precisamente en este tiempo en que todos sus elementos se encuentran en estado de descomposicion completa ó á lo ménos en un proceso terrible de trasformacion peligrosa. Parece ahora que la política maquiavelista ha llegado muy cerca de su apogeo. La sociedad quiere subsistir sin fe ni lealtad, sin Dios ni Iglesia, contando perjurá y pérfida sólo con medios materiales, el oro y las legiones; atrevida desafía al Omnipotente, y cubriendo de engañoso barniz la fealdad de su cultura refinada, deja ciega y frívola que los vicios del Imperio romano corraan sus entrañas.

Mas el Todopoderoso no permite que su criatura se burle de él, y la misma grandeza de la miseria provoca la reaccion allí donde ménos se la espera. Que si es posible falsificar por muchos años las ideas de las épocas y de los pueblos, no lo es subyugarlas para siempre, y el órden divino de las cosas se venga de los que lo perturban. Esta es la verdad alentadora que el porvenir ha de demostrar como lo pasado la tiene probada.

Los católicos tenemos grandes motivos para esperar que *la Iglesia*, aun despues de las grandes catástrofes que la han de sacudir, no quedará postrada por tierra, sino ántes bien como en los borrascosos siglos de las invasiones germánicas se mantendrá firme é invicta, y no sólo dispensará á los pueblos sus auxilios y consuelos, sino tambien con las fuerzas organizadoras del espíritu que anima sus instituciones y aconseja sus pasos, renovará la faz de la tierra. Las imponentes tempestades de la revolucion francesa con sus consecuencias: el despotismo de Napoleón y su brillo mentiroso, la perezosa paz, á cuya sombra ha ido creciendo desde 1815 inmensa miseria moral y fisica en la vida de los pueblos, las sacudidas, trastornos, guerras y revoluciones que más tarde los atormentaron, las peligrosas llagas de la sociedad, extraviada lejos del derrotero de la justicia y religion, han servido tambien para manifestar y probar otra vez el poder directivo y ennoblecedor del catolicismo, tanto más gloriosamente, cuanto que la Iglesia, abandonada ó vendida por los grandes de la tierra, ha salido siempre sin mengua de honor ni de fuerza de las circunstancias más desesperadas y de las situaciones más confusas y precarias, y la confianza, energia y entereza de sus hijos se acentraron y robustecieron, como por obra inmediata de la gracia divina, en las más duras pruebas que entre obstáculos mil hubieron de atravesar. Más de una vez, particularmente en los años 1798, 1808, 1859 y 1870 nuestros enemigos compusieron epitafios al que les parecía cadáver de la Iglesia romana, sin soñar siquiera en la posibilidad de que en él se obrara el milagro de la resurreccion; pero cada vez el triunfo precipitado fué confundido por la accion visible de la Providencia que ordenó

lo contrario de lo que sus adversarios habian ya festejado, pues el pueblo católico se adhirió á su Iglesia con más ardiente amor y más firme lealtad, y gran número de eminencias de otras confesiones se refugiaron en su seno; de los escombros de los templos derruidos se levantaron otros nuevos y hermosos, las misiones renacieron de la destruccion, las ciencias y artes católicas tomaron nuevos vuelos, la devocion de los fieles adoptó nuevas formas y expresiones, la Sede Apostólica Romana gozó de amor y veneracion tal vez más sinceros que en ninguna época anterior, y en todas las zonas se comprendieron más profundamente que nunca las palabras divinas que los peregrinos que de ambos hemisferios afluyen á la eterna Roma, leen sobre el fondo de oro de la majestuosa bóveda de San Pedro: TU ES PETRUS; ET IN HAC PETRA AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM, ET PORTAE INFERI NON PRAEVALEBUNT CONTRA EAM.

Augurio consolador parece á todos los católicos de pensamientos profundos la actividad fecunda de su esclarecido jefe el Pontífice Romano Leon XIII. Por más que le agobie el peso de la lúgubre y aflictiva situacion en que la revolucion italiana ha colocado á la Sede Apostólica, no cesa de denunciar en magistrales Encíclicas los peligros que surgen de las ligas de los socialistas, masones y otros conspiradores, de proclamar los verdaderos principios respecto del matrimonio y de la familia, de la sociedad civil y del Estado bien ordenado y de la relacion de las dos potestades constituidas por Dios, de dar poderoso impulso al renacimiento de las ciencias eclesiásticas en todos los sentidos, y de excitar los sentimientos de piedad, penitencia y abnegacion de los fieles. La confianza que los pueblos y estadistas ponen en la sabiduria y justicia de Leon XIII se manifestó de manera muy honrosa, cuando en el conflicto hispano-aleman sobre la posesion de las islas Carolinas fué elegido árbitro, y ambos gobiernos aceptaron satisfechos su juicio fallo (1885).